



César Riesco Peláez

# LA CAMPAÑA DE LOS ARAPILES

*Nuestros lectores más antiguos recordarán sin duda dos artículos publicados en 2000 y 2002: «El homínido de Peralejos» y «La tarde perfecta». Su autor, César Riesco, demostraba en ambos su habilidad para tratar con humor inteligente un asunto como el de la pesca de la trucha, tan característico de nuestra provincia. En esta ocasión vuelve a colaborar con nosotros, pero esta vez para abordar otro tema totalmente distinto: la Guerra de la Independencia. Creemos que su estilo será útil para darle un enfoque diferente al habitual a la lucha de nuestros antepasados contra el invasor francés, algo de lo que se ha escrito muchísimo últimamente, al cumplirse en 2008 doscientos años desde el comienzo de aquella guerra, y de lo que también hemos publicado numerosos artículos en esta revista. En este caso, César Riesco nos habla de la batalla de Los Arapiles, uno de los enfrentamientos armados más notables acaecidos en el territorio que ahora conocemos como Castilla y León durante la Guerra de la Independencia; y lo hace, como decimos, empleando un estilo –el suyo– poco corriente en este tipo de trabajos, que facilita su lectura y la hace más amena, sin por ello perder rigor.*

Creo que la batalla de los Arapiles es el hecho de armas más importante ocurrido en nuestra región. No estoy muy seguro. Es posible que se me pase por alto alguna batalla famosa. Ahora que lo pienso, también pudo haber acaecido alguna escabechina multitudinaria cuyo recuerdo se ha perdido en el tiempo. Pero en principio me parece que el encuentro de casi cien mil hombres unos kilómetros al sur de Salamanca, que tuvo lugar el 22 de julio de 1812, es lo más destacable que podemos presentar en temas bélicos por estos lares.

Tuvo además dos particularidades que aumentan su interés. En primer lugar se inscribe dentro de un tipo de guerras, las napoleónicas, en las que las batallas eran «vistas», si es que este calificativo se le puede adjudicar a un evento de esta naturaleza. Y no me refiero a los uniformes, muy coloristas por lo demás, sino a que todavía faltaba un siglo para que la potencia destructora de la artillería obligara a los ejércitos a enterrarse bajo tierra. Así, las tres armas clásicas (infantería, caballería y artillería) funcionaban como en el juego de «piedra, papel y tijera». O sea, que el fracaso o el éxito dependían de su utilización adecuada. Por ejemplo, la caballería era devastadora contra la infantería desperdigada por el campo, pero, si ésta formaba en cuadros, era incapaz contra ella. En esos momentos la artillería mostraba su eficacia, pero, cuidado, debía estar apoyada por la infantería para no ser presa de la caballería. Y así sucesivamente.

En segundo lugar, toda la campaña de Salamanca es muy sencilla de entender, incluso para un profano en la materia como yo, que cuando lee «operando por líneas

internas» piensa que se están refiriendo a algún tipo de centralita telefónica. Los movimientos de los ejércitos obedecen a la lógica y, si conocemos un poco las psicologías de sus respectivos comandantes, se siguen perfectamente.

El Ejército francés estaba comandado por el Mariscal Marmont, duque de Ragusa. Era amigo de Napoleón desde los tiempos de Tolón, cuando éste era un perfecto desconocido. Le siguió en la campaña de Italia y en la aventura de Egipto y, cuando Napoleón dejó a su suerte allí a su ejército, fue uno de los pocos que tuvo pasaje en el barco en el que volvió a Francia. Le fue asignado el llamado Ejército de Portugal a pesar de que había otros generales con más antigüedad que él. Esto hacía que, para salvar las apariencias y dar la sensación de que las decisiones eran conjuntas, se reuniera con ellos formando una especie de comité. Pero en realidad era muy seguro de sí mismo y audaz. En caso de igualdad de fuerzas no dudaba en entrar en combate, sabedor de la mayor capacidad de maniobra de su ejército y de sus cualidades como estratega. El día de la batalla tenía casi cincuenta mil hombres a sus órdenes, casi todos veteranos.

El ejército aliado estaba al mando de Arthur Wellesley, duque de Wellington. Los franceses lo tenían catalogado como general «defensivo». Siempre rehuiría un choque frontal en el que no tuviera una exagerada superioridad. No le tenían especial respeto, pero lo cierto era que aquel cauteloso general había derrotado uno tras otro a todos los mariscales que se habían medido con él. Si se hubieran informado de las campañas en La India sabrían que era muy capaz de realizar maniobras ofensivas que estaban

más allá de lo cabal, y siempre con éxito. El problema que tenía el comandante británico es que no estaba en España para ganar batallas ni liberar ciudades. Su misión era traer brigadas francesas que a Napoleón le eran necesarias para sus guerras en Centro Europa. Además, esta campaña Peninsular no era nada popular en Inglaterra. El gobierno que la apoyaba estaba, día tras día, en la cuerda floja, por lo que Wellington no se podía permitir ni siquiera el empate en uno sólo de sus enfrentamientos. Caería el gobierno, y él se quedaría sin mando. En la batalla mandaba unos cincuenta mil hombres, de los cuales un poco menos de dos tercios eran británicos, casi uno portugueses, y el resto españoles y algunos alemanes.

A últimos de junio de 1812, el ejército aliado entró en Salamanca entre el júbilo de la población. La guarnición francesa se refugió en tres conventos que, a costa de demoler casi un cuarto de la ciudad, había convertido en fortificaciones. Los primeros intentos de tomarlos se saldaron con sonoros fracasos por falta de la artillería que todavía estaba en camino. Entretanto, Marmont había comparecido con parte de su ejército ante la ciudad, en una zona baja, expuesto a un ataque de Wellington, cuya superioridad era clara. Pero Wellington, a pesar del enfado de sus generales, no atacó. No sabía si podían aparecer refuerzos enemigos en cualquier momento. Además, había recibido la comunicación de que su amigo y valedor, el Primer Ministro inglés, había sido asesinado por un loco, y la situación del gobierno que le apoyaba era, si cabe, más precaria, por lo que pensó que cuantas menos noticias tuvieran de él en Londres, tanto mejor para todos. Por fin llegó el tren de artillería de asedio y se pudieron tomar los tres fuertes. Una gran cantidad de municiones se almacenaron en un lugar y, por alguna negligencia, unos días más tarde, explotaron, haciendo volar por los aires otra parte de la desdichada ciudad.

De repente, Marmont ya no pintaba nada allí, salvo exponerse a que Wellington se liara la manta la cabeza y bajara con su ejército a darle una previsible tunda, por lo que se retiró a marchas forzadas hasta rebasar el Duero. Se situó a lo largo de toda la orilla derecha, desde Tordesillas hasta Toro, y se dispuso a esperar. Pero en la mente de Marmont quedó la convicción de que se las tenía que ver con un adversario asustadizo, que no le había atacado ni siquiera cuando disponía de superioridad de fuerzas y de posición. Por su parte, Wellington, más que nada por el qué dirán, le siguió y ocupó la orilla izquierda.

Durante unos cuantos soleados días de julio, ambos ejércitos se dedicaron a acabar con las existencias de las bodegas de la región y a bañarse en el río. La confraternización llegó a tales extremos que los oficiales tuvieron que tomar cartas en el asunto. Intuían que luego no iban a ser capaces de hacer que, llegado el momento, esos hombres se despedazaran unos a otros. Ambos generales esperaban refuerzos. Wellington confiaba que un ejército español acabara

de una vez de tomar Astorga y cayera por detrás sobre los franceses. Marmont, por su lado, esperaba que una de las numerosas cartas que había expedido en demanda de ayuda, fuera atendida por cualquiera de los mariscales que campaban por la Península. Por fin apareció toda una brigada francesa en auxilio de este último. Y ya sabemos que, en caso de igualdad de fuerzas, lo que en esos momentos ocurría, Marmont iba a tomar la iniciativa.

Esto lo hizo con una hábil estratagema que engañó por completo a Wellington. Con toda ostentación, el ejército francés recogió sus pertrechos y comenzó a marchar río abajo, hacia Toro. Allí, en un puente recién reparado, empezó a pasar la caballería. El general inglés pensó que se avecinaba un ataque a Salamanca desde el Norte y, según su costumbre, mandó agrupar sus fuerzas en una posición defensiva que ya había previsto. Pero Marmont le había tomado el pelo. Amparados en la noche y en la lejanía del río, se dieron la vuelta y marcharon hacia Tordesillas todo lo deprisa que les permitían sus piernas. Allí cruzaron el río y se dirigieron en diagonal hacia Salamanca. Los jinetes que habían cruzado en Toro, volvieron sobre sus pasos y volaron el puente.

Aquí hay que hacer un pequeño inciso para entender lo que ocurrió después. Un par de años antes, Wellington había construido unas líneas de fortificaciones alrededor de Lisboa. Tal y como probaron los franceses en sus carnes, estas posiciones eran inexpugnables, de modo que los aliados, con un gran puerto detrás para abastecerse de todo lo que quisieran, podían guarecerse allí sin riesgo si las cosas se ponían feas, y retornar el hostigamiento hacia el interior de la Península cuando lo estimasen oportuno. El problema es que nunca podían perder el control de la carretera que les llevaba a Lisboa. Si el enemigo era capaz de interponerse entre ellos y su refugio, estaban tan perdidos como el ratón al que le han taponado la entrada a su ratonera. Que acabe cazado solo es cuestión de tiempo. Esa carretera pasaba por Salamanca y los franceses corrían a ocuparla.

Wellington empezó a sospechar que algo no iba bien cuando le llegaron noticias de enfrentamientos entre patrullas de caballería muy hacia el Este. En cuanto se percató del peligro se puso en marcha de inmediato, a fin de adelantarse a los franceses. Se produjeron choques diarios, en uno de los cuales estuvo a punto de ser capturado el propio general inglés. En una jornada posterior, ambos bandos marcharon en paralelo, lo que debió de tener la apariencia de un espectacular desfile. Ese atardecer, Marmont ordenó disparar unos cuantos cañonazos a fin de hostigar a los aliados y provocar un enfrentamiento en campo abierto, pero Wellington giró hacia su derecha y se alejó hacia el Tormes. Todo esto dejó en el mariscal francés la sensación de que su adversario era un timorato al que, por añadidura, había engañado fácilmente. No, Wellington nunca le atacaría.

Ambos ejércitos llegaron a la vez a la altura de Salamanca igual que dos ciclistas que llegan a una curva. Los franceses por la parte de fuera y los aliados por el interior, próximos a la ciudad. Ahora se trataba de atravesar el Tormes, para lo que emplearon todo el día, ya que era una operación compleja proclive a ardidés del tipo «ahora hago que paso, pero no paso y ataco Salamanca» o «ahora hago que no paso, pero paso y te tomo la delantera», y Wellington no quería que se riesen de él otra vez. Por lo que cuentan las crónicas, esa noche cayó una tormenta de impresión, provocando el pánico en algunos caballos que, desbocados, pisaron a durmientes soldados sobre la tierra húmeda.

El amanecer del día 22 de julio sorprendió a Marmont en una elevación, escrutando el paisaje que se extendía hacia el Oeste. Se veía una llanura sembrada de una serie de mesetas o terrazas. A su fin, aún muy lejos, estaba el premio de la campaña: la carretera que salía de Salamanca y, después de cruzar el Tormes, se dirigía hacia Ciudad Rodrigo y Portugal. A su izquierda, o sea hacia el Sur, se intuía un bosque cada vez más denso. A la derecha, dirección Norte, un terreno ondulado y, detrás, las torres de la ciudad. Pero lo más curioso de ese paisaje eran dos grandes colinas que se erguían en medio de la llanura. Una de ellas estaba en el camino que debían seguir. Era un poco más alta y estrecha, con una cima plana y alargada. Se trataba del Arapil Grande. Parecía hecha a propósito para poner arriba una batería de cañones. La otra estaba enfrente, pero en la zona de paso aliada. Era cónica, y su falda tocaba el terreno ondulado del Norte. El Arapil Pequeño. Lo que Marmont no acababa de situar era el ejército enemigo. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Casi detrás de ellos, todavía al otro lado del Tormes, se vislumbraba una división que seguramente había dejado Wellington por si le querían hacer otra vez la «jugada» del Duero (nos podemos imaginar el cachondeo de los generales franceses cuando la vieron). Marmont volvió a mirar a la colina larga y plana, y pensó que si la ocupaban tendrían mucho trabajo adelantado. Esto se hizo de una manera discreta pero eficiente. Se enviaron unas cuantas patrullas y destacamentos que, de improviso, convergieron sobre la colina y se atrincheraron arriba.

En el otro bando, al cabo de un rato, Wellington se tiraba de los pelos. Lo que con las brumas matinales había tomado por una meseta lejana, se reveló como una colina que dominaba gran parte de la llanura. Y los franceses la habían ocupado y estaban arrastrando cañones hacia su cima. Estaba claro que no le iban a dejar retirarse en paz, porque el ejército aliado estaba en pleno delante de las narices de Marmont, pero oculto en las ondulaciones que se extendían hacia Salamanca. Y con esos cañones en la colina cualquier movimiento iba a ser un suplicio. Durante un rato barajó la posibilidad de atacar la colina, pero se lo pensó mejor. Aquella posición era muy fuerte y tampoco sabía que había detrás. Lo que sí hizo fue emitir una orden, que a la postre resultaría decisiva en los aconteci-



Retrato del general Wellington. Cuadro de Goya (tomado de internet)

mientos posteriores. Envío un mensaje a la división que había dejado al otro lado del Tormes, a la sazón mandada por su cuñado el general Packenham, para que se dirigiera por Salamanca al puente del Tormes, y, tras volver sobre sus pasos, pero al otro lado del río, acampara, oculta, en una aldea, al final de la llanura que había llenado las ensoñaciones matutinas de Marmont.

El mariscal francés, por su parte, había llevado su puesto de mando al Arapil Grande. Se sentía satisfecho. El sol brillaba en lo alto, los pajarillos cantaban alegres y la carretera de Portugal estaba ahora mucho más cerca. Lo único que le preocupaba es que no acaba de localizar al ejército enemigo. Se veía algún fleco por aquí y por allá; incluso al mismísimo Wellington correteando en su caballo de un lado para el otro, pero el grueso parecía haber desaparecido. La mañana pasaba y Marmont dudaba qué hacer. La mayor parte de su ejército avanzaba a través del bosque, detrás de su posición y tenía que internarse en la llanura. De pronto tuvo un presentimiento. ¿Y si el enemigo se estuviese retirando con disimulo? Era posible que las correrías de su general, los retazos que se veían entre las vaguadas de enfrente, fueran como un decorado para tenerle allí retenido y escabullirse sin ser notado. Marmont dirigió su catalejo hacia la carretera de Portugal. Allí se adivinaban nubes de polvo (eran los bagajes que Wellington, previsor, había enviado por delante, por si la cosa se ponía fea). Incluso, más cerca, una polvareda re-

velaba mas movimiento (eran las tropas de Packenham tomando posiciones). El mariscal tomó una decisión: el enemigo se retiraba y había que atacarle o, por lo menos, darle una buena zurra a su retaguardia.

Un buen rato después, toda una brigada comenzó a avanzar por la llanura, se alejó bastante para ocupar una especie de meseta y enseguida se la oyó disparándose de cañonazos con el enemigo que ocupaba la pequeña aldea de Los Arapiles. «Vaya, por fin hemos encontrado la retaguardia aliada», pensó todo el mundo en el puesto de mando francés. La brigada se había ido un poco lejos para el gusto de Marmont, pero eso no era un riesgo ante el timorato de Wellington. Salió una segunda brigada del bosque, y siguió los pasos de la primera. Debería haberse colocado en el hueco que se había creado por la audacia de la primera, o, tal vez, colocarse detrás de ella para servirle de apoyo, pero hizo algo muy raro. Siguió adelante en busca de una mejor posición. Mas cada vez que alcanzaba una terraza, descubría un poco más allá un lugar mejor para colocarse. Además, pensaba el general que la mandaba, «cuanto mas avancemos hacia el Oeste, mas retaguardia aliada envolveremos y mas dolorosa será su derrota». Marmont observaba todo aquello desde el Arapil Grande y empezaba a preguntarse si no estarían maniobrando con demasiada ligereza ante un enemigo del que desconocían su situación, pero todas sus preocupaciones sobre el tema pasaron a segundo plano cuando una bomba lanzada desde el Arapil de enfrente le hirió de gravedad, y tuvo que ser evacuado a la retaguardia. Por diversas circunstancias, los franceses tardaron mas de una hora en decidir a quién correspondía el mando del ejército. Mientras, las dos brigadas díscolas seguían avanzando por aquella llanura tan llena de sorpresas.

Cuentan que Wellington estaba comiendo un muslo de pollo cuando le avisaron de los movimientos franceses. Había dado órdenes para prever la retirada, y acababa de reordenar todo su ejército, con el máximo cuidado posible, en algo parecido a una línea orientada hacia el Oeste, de tal manera que estaba preparado por si le atacaban, pero también sería sencillo ponerlo en marcha para una repetición de la caminata en paralelo de dos días antes. Incluso, en último caso, estaba hasta en orden para atacar si «sonaba la flauta» y Marmont tenía un desliz. El duque estaba muy molesto porque el lugar que había escogido para el *lunch* parecía atraer el fuego artillero desde el Arapil Grande. Ahora le interrumpían porque el enemigo por fin se movía. Se adelantó a primera línea y observó con su catalejo.

Es posible que no fuera así, pero la imagen es demasiado sugerente para no ser evocada. El duque de Wellington mirando por su catalejo, inmovilizado por la sorpresa. El muslo de pollo detenido a centímetros de la boca abierta, y en la cabeza una pregunta:

-«Pero, ¿¿¿dónde van esos???»

No necesitó mucho tiempo para imaginar la respuesta. Los franceses desconocían por completo su posición y pensaban que se estaba retirando, y maniobraban para darle una paliza a lo que pensaban que era su retaguardia. No sólo no se contentaban con ganar la campaña y reconquistar Salamanca, sino que querían echarle para Portugal con una patada en el trasero. Y encima lo estaban haciendo de mala manera, en plan chapucero, sin la mas mínima cautela, porque por aquella llanura marchaba, desorganizado y lejos del resto, casi un tercio del ejército francés, sin sospechar que, casi en paralelo, estaba todo el ejército aliado.

No hay demasiado acuerdo sobre lo que dijo Wellington en aquellos momentos. Desde un resignado «ahora no voy a tener mas remedio que atacar», hasta un profético: «Señor Álava, Marmont está perdido» (por cierto, este señor Álava era un militar español que se hizo íntimo amigo de Wellington y que llevó a rajatabla el proverbial dicho de «apuntarse a un bombardeo», ya que, además de éste y otros, estuvo en Trafalgar y en Waterloo, que fueron bastante sonados). Si bien, la mayoría de historiadores apuntan a que exclamó algo así como: «!!Ahora... por Dios que les voy a atacar...!!», en el que los puntos suspensivos indicarían expresiones cuarteleras poco apropiadas para ser escritas, incluso en un relato militar.

Hay que tener en cuenta que Wellington llevaba más de un mes «tragando quina» con Marmont y compañía. Desde el desplante en las afueras de Salamanca, pasando por la jugarreta del paso del Duero, los cañonazos en la marcha paralela...y lo de esa misma tarde, en la que le habían amargado el almuerzo a base de bombazos. Y resulta que, en el último momento, perdida la esperanza, el mariscal francés había metido la pata. Por eso la traducción más aproximada de lo que Wellington masculló en aquel momento histórico, debió de ser algo así como: «¡!Ahora estos se van a enterar.... ¡!» y aquí puede el lector poner todos los puntos suspensivos que quiera, que no se va a quedar corto.

Wellington tenía que dar una orden urgente, y en persona, para que no hubiera equívocos, así que, ante la sorpresa de todos los presentes, saltó sobre su caballo y salió a galope tendido hacia el Oeste. Sólo le pudo seguir un único miembro de su Estado Mayor, que estuvo al quite. Cabalgó por vaguadas y caminos durante una media hora, y apareció ante un atónito Packenham, al que dijo: «General, por esa elevación vienen hacia aquí los franceses. No tienen ni idea de que su división está aquí, porque vienen desordenados y, seguramente, cansados. Suba ahí arriba, aparezca ante ellos y empiece a darles con todo lo que tenga. De lo demás me encargo yo». Luego volvió otra vez a su puesto de mando, pero esta vez parando en cada división alineada a lo largo de la línea de combate y ordenando que en cuanto Packemhan atacara a los franceses

desde el Oeste, ellos lo hicieran de frente. Cuando llegó de nuevo a su Estado Mayor, cogió su catalejo para ver que pasaba.

Y lo que pasó fue la batalla de los Arapiles (que los ingleses llaman de Salamanca). O sea, los bombazos, las descargas de mosquetería, el humo, los caballos agonizantes y otras cosas menos pintorescas que pasan en esas ocasiones. Hay que decir, en descargo de los franceses, que les pasó de todo. Cuando vislumbraban entre el humo una formación de caballería y se agrupaban para resistir su carga, surgían de improviso delante de ellos, salidas de no se sabe qué pliegue del terreno, unas líneas de infantería que les diezmaban con sus descargas. Se desperdigaban para huir del aniquilamiento, y era entonces cuando se materializaban ante ellos los jinetes que se los llevaban por delante. Al cabo de una hora, un tercio del ejército francés corría desesperado en busca del amparo del bosque que se extendía detrás de ellos. Y, a poca distancia, la furibunda caballería enemiga que, casi sin quererlo, había protagonizado una de las más afortunadas cargas de las guerras napoleónicas.

El general a quien le había caído el mando del ejército francés observaba todo aquel desaguado desde el Arapil Grande. Podía haber aceptado el correctivo, retirarse en buen orden y decir aquello de «mañana será otro día». Había refuerzos en camino. Pero decidió que, para una vez que tenía el mando de todo un ejército, no iba a resignarse a semejante vapuleo. Así pues, concibió un contraataque, y ordenó que las fuerzas que estaban detrás de la colina, arremetieran contra el centro aliado, que estaba delante de ellos más o menos, y cuyo ataque parecía menos fogoso. Al principio la maniobra tuvo éxito. El centro aliado cedió, y la batalla pareció estar en el filo de la navaja. Pero Wellington tenía demasiado bien colocadas sus tropas y, como por arte de magia, surgieron desde el Arapil Chico nuevas divisiones que frenaron el ataque francés y lo acabaron arrollando. Los defensores del Arapil Grande, que un rato antes habían rechazado sin problemas un atollado ataque portugués, vieron de pronto que podían quedarse aislados, dada la fuerza del avance aliado, por lo que bajaron a toda carrera la colina para unirse a la estampida, que ya era general, hacia el bosque. Los cañones quedaron abandonados a media ladera.

El anochecer llegó con la última fase de la batalla. La brigada francesa, que estaba en la cola de la marcha, se tuvo que desplegar en la linde el bosque a fin de dar tiempo al resto del ejército a poner tierra de por medio. Esta brigada aguantó hasta que los aliados acercaron allí unos cañones, y las bajas empezaron a ser numerosas. Por lo demás se había hecho noche cerrada.

Wellington no ordenó perseguir al ejército derrotado. Estaban todos exhaustos, y tampoco tenía mucho sentido. La única salida de aquel bosque por el otro lado era atra-

vesando Alba de Tormes. Allí había un puente con una fortificación defendida por una guarnición española. El general inglés, optimista él, pensaba que al día siguiente sólo tendría que dedicarse a recoger prisioneros embolsados por el cauce del Tormes. Pero la realidad era otra, y merecería consignarse en alguno de esos libros para ejecutivos, capítulo «Riesgos de un liderazgo demasiado autoritario». Por lo que parece, unos días antes, en plena retirada, el general español subordinado de Wellington, al ver el cariz que tomaban las cosas, había cursado orden a la guarnición del puente de que hicieran las maletas y huyeran hacia el Sur. Luego se le ocurrió que se lo debería haber consultado a su general en jefe, y se lo planteó como una sugerencia «¿No cree su Excelencia que deberíamos...?». A lo que Wellington contestó con un: «!! De eso nada!!», tan rotundo que el acongojado general español no se atrevió a confesar que ya lo había hecho, y dejó correr la cosa pensando que se resolvería por sí sola. No me imagino la que se pudo organizar cuando se descubrió el pastel. De todas maneras, para consolarnos, hay que pensar que el Tormes en esa época del año era vadeable por muchos lugares y, para qué nos vamos a engañar, resultaba bastante improbable que una guarnición consiguiera detener a un gran ejército en desbandada. En realidad, ese ejército iba tan deprisa que todavía le dio tiempo a recibir otra somanta a la altura de un pueblo llamado García Hernández; esta vez a manos de la caballería alemana de los aliados.

La victoria de Los Arapiles fue muy celebrada en toda la España libre. Tañeron también las campanas en Inglaterra. El rey José Bonaparte tuvo que abandonar Madrid, y a los pocos días entró Wellington entre las aclamaciones del pueblo. Hubo fiestas y banquetes, y el general inglés acudió al estudio de Goya para que le pintara un retrato. Incluso se permitió hacer algunas observaciones sobre el parecido, observaciones que retiró de inmediato, porque Wellington era una persona muy educada y, además, el genial pintor, rojo de ira, había echado mano de una pavorosa pistola..

Luego la campaña se torció. Hubo un intento de tomar Burgos que resultó desastroso, y otra carrera desesperada hacia Portugal, esta vez perseguido hasta por tres ejércitos franceses que querían vengar la afrenta de Los Arapiles, y que estuvieron a punto de cazarle casi en ese mismo lugar.

Todavía tardaría Wellington dos años en empujar a los ejércitos franceses al otro lado de los Pirineos, ahora con decisiva contribución española. Y otro año más en encontrarse con su enemigo declarado, Napoleón Bonaparte, en un lugar al sur de Bruselas llamado Waterloo. Pero esta es otra historia que te contaré en otra ocasión, si bien esta vez acompañados de un buen chocolate con churros, a condición de que seas tú, amigo lector, quien invite.